




19 historias de

Ternura

Este libro es patrocinado por



Life Hope Center Buin 

@lhcbuin 

Prólogo

En un mundo donde el ritmo acelerado de la vida a menudo nos envuelve en su vorágine, es fácil olvidar que detrás de cada arruga y cada cabello plateado se encuentra un tesoro invaluable: la sabiduría y la ternura de las personas mayores, personas que han caminado por senderos largos y sinuosos, que han vivido momentos de alegría y tristeza, y han acumulado un caudal de experiencias que merece ser compartido y celebrado.

En las siguientes páginas encontrarás un compendio de vivencias y relatos de aquellos que han llegado a una etapa en la que las palabras adquieren un significado más profundo. "Ternura" es una obra escrita por personas mayores del Centro Día de Buin, que han decidido desempolvar sus recuerdos y grabarlos en este libro. Cada historia es un testimonio de lucha, resiliencia y amor, que refleja el paso del tiempo. Y junto a algunos relatos podrás encontrar ilustraciones hechas por los niños de nuestra comunidad, que con aprecio y cariño han imaginado y revivido las historias contadas. Las palabras aquí plasmadas son un regalo para aquellos que aún no han experimentado el peso de los años, una oportunidad de aprender de quienes han visto el mundo transformarse ante sus ojos.

Pero más allá de las historias individuales, "Ternura" nos invita a reflexionar sobre la importancia de valorar y escuchar a las personas mayores. Nos recuerda que detrás de cada persona se esconde una historia digna de ser contada, y que las lecciones aprendidas a lo largo de una vida pueden iluminar nuestro camino presente.

Como comunidad Life Hope Center Buin, hemos tenido el agrado de compartir personalmente con las personas mayores del Centro Día de nuestra comuna y con el equipo de profesionales que les acoge. Estamos muy contentos de poder aportar nuestro "granito de arena" en el avance de este proyecto que tienes en tus manos. Agradecemos a aquellos que han compartido sus experiencias y se han atrevido a escribir "Ternura". Te invitamos a leer estas páginas con un corazón abierto y una mente dispuesta a aprender y esperamos que cada línea te inspiren a valorar y honrar la riqueza que las personas mayores nos ofrecen.



Andrea. La idea de este libro surge a raíz del trabajo realizado con las personas mayores usuarios del Centro Día Buin, quienes día a día comparten sus experiencias y enseñanzas de vida con el equipo de profesionales que tienen a cargo la ejecución del programa en la comuna.

La Casa del Adulto Mayor, lugar en el cual se realizan los talleres y actividades diarias, se ha transformado en una zona de confort para las personas mayores, en donde son reconocidos como sujetos de derecho y han fortalecido lazos entre sus pares. Cada experiencia vivida en su pasado ha sido enseñanza para el equipo humano que trabaja en este lugar, lo que ha permitido ir reforzando nuestro compromiso con cada uno de ellos.

El objetivo principal del Centro Día Buin es “Promover y Fortalecer la Autonomía e Independencia de las personas mayores”, que a través del trabajo realizado en conjunto (profesionales y usuarios) ha dado como resultado el compilado de los relatos que leerán a continuación, concluyendo así que nuestro “*granito de arena*” ha sido fructífero y como equipo esperamos poder seguir día a día nutriéndonos de su sabiduría.

Cada recuerdo es una emoción que se ha transformado en un relato plasmado en las páginas de este libro. Para mí como Coordinadora del Centro Día Buin es un honor poder compartir esta experiencia, gracias por sumarse a este sueño, gracias por creer en ustedes y gracias por confiar en el trabajo del equipo de profesionales.

*Andrea Ruz Salas
Coordinadora
Centro Día Comunitario Buin.*

Nadia. La adultez mayor es una etapa del ciclo vital que conlleva grandes cambios, también el tener que afrontar diversas situaciones y estigmas que por años han sido instaurados por la sociedad. He tenido la suerte de poder experimentar como profesional, pero aún más como persona natural, una etapa muy bonita al compartir a diario con personas mayores, considerando sus costumbres, su experiencia y su sabiduría; poder estar en un ambiente grato, entregándoles mis aprendizajes. He podido apreciar, cada día que ha transcurrido desde el 09 de Septiembre del 2021, que he ido aprendiendo mucho más yo de cada persona que ha participado en el Centro diurno comunitario, ya que en cada sesión he podido visualizar que somos un grupo que quiere reír, que quiere aprender, que quiere compartir, que quiere colaborar desde su visión y experiencia. He tenido en mis manos el objetivo de contemplar la adultez mayor como un proceso feliz, que si tiene grandes dificultades tanto físicas como cognitivas, que es sumamente importante el poder tratar, trabajar para poder brindarles una mejor calidad de vida y poder disfrutar de esa etapa en que se encuentran las personas mayores, ya que es muy satisfactorio entregarles aunque sea algo muy pequeño de mi a cada uno, respetándolos y ayudándoles.

Agradezco profundamente su sabiduría, sus alegrías, cariños y calidez; además valoro profundamente cada momento y conversaciones que han surgido.

*Nadia Carreño
Terapeuta Ocupacional
Centro Diurno Comunitario*

Nico. Ser adulto mayor es una etapa muy difícil y menospreciada. Está llena de cambios, viven cada día distintos duelos, dejando lo que alguna vez fueron para convertirse en lo que deben decidir ser. Trabajando con ellos he escuchado infinidad de historias, muchas veces desesperanzadores finales debido al trato y al rol que deben cumplir en esta sociedad. Pero si nos damos un minuto, un solo momento de nuestras vidas a escuchar a nuestras personas mayores, nos damos cuenta que tienen un mundo enorme, aprendemos experiencias de vida que ni todos los libros de psicología del desarrollo pueden entregar. Si tan solo fuera un hábito escuchar, detener nuestros apresurados mundos para prestar oído a las personas mayores, creo que este mundo sería muy distinto.

He aprendido que ser una persona mayor es un tiempo para uno mismo, es un tiempo con infinidad de cambios pero lleno de vida, de alegrías y penas, pero por sobre todo, lleno de muchos momentos por vivir, no es el “abuelito o la abuelita menos válidos”, son grandes personas con enormes mundos. Si hay algo que las personas mayores nos enseñan cada día es que: *“la vejez no es el final del camino, es un nuevo comenzar”*.

Nicolle Dionizis Sánchez
Psicóloga
Centro Diurno Comunitario

Ulises. Los años de experiencia en el área de adulto mayor, me han permitido conocer diferentes vivencias y experiencias de vida de cada uno de las personas que han llegado a esta hermosa iniciativa que tiene como nombre Centro Diurno Comunitario de Buin.

El día que escogí la carrera de Trabajo Social, no pensé en enfocar al área de adulto mayor, las experiencias laborales me fueron guiando hacia ella y fue cuando llegué a trabajar a este hermoso programa, el cual me ha ido dando la oportunidad de conocer el envejecimiento desde una mirada positiva, llena de oportunidades de crecimiento, sacando lo mejor de cada persona, logrando conseguir muchas veces un rayo de luz donde quizás se pensó que no existía.

Muchas veces podemos realizar intervenciones las cuales son guiadas por normas que las rigen, pero si bien logramos conseguir el objetivo, que es la resolución de cada problemática, también podemos aportar nuestra esencia personal, con una muestra de cariño y dedicación hacia la persona más que una mirada como sujeto de intervención.

Como persona, es de gran aporte para mi, ser parte de los logros obtenidos con el trabajo elaborado por nosotros los profesionales en conjunto a las ganas, la motivación de cada uno de ustedes, con su alegría, sacrificio y dedicación la cual se transmite en cada momento que estamos reunidos en su casa, La Casa del Adulto mayor.

*Ulises Gajardo Arévalo
Trabajador Social.
Centro Diurno Comunitario, Buin.*

Belén. Trabajar con personas mayores es una gran experiencia: conocerlos, hablar sobre su vida y las etapas de éstas, muchos sobreviviendo con la soledad en donde han perdido muchos seres queridos, pero aun así te entregan una sonrisa y amor en cada taller o actividad que realizamos para ellos. Sus años de experiencia son una fuente inmensa de sabiduría en donde te entregan grandes consejos para conllevar en esta vida.

*Belén Antris
Técnico en Enfermería
Centro Diurno Comunitario*

María José. Siempre nos enseñaron a respetar a las personas adultas pero más a las personas mayores, pero no mucho a valorar y respetar esa etapa que todos llegaremos a vivir en algún momento de la vida que es la vejez, por la cual ellos luchan en esta sociedad por ser escuchados y comprendidos, ya que ellos muchas veces conviven con la soledad, dolores y solo quieren un par de oídos para ser escuchadas sus historias, que la mayoría de las veces son impresionantes y nos dejan una enseñanza de vida. Doy gracias que el destino me haya llevado a trabajar como profesional en el Centro Diurno Comunitario de Buin y poder desenvolverme y otorgar mis conocimientos para darles un mejor bienestar y escuchar cada anécdota, ver cada risa y tristeza, pero al final de todo dejan cada aprendizaje que nos ayudan a seguir comprendiendo ciertas cosas de la vida. Ha sido una experiencia laboral y personal tan grata el poder trabajar con personas mayores porque entregan tanto amor, sabiduría, enseñanza y esperanza sin pedir nada a cambio.

*María José Egaña Guarda.
Kinesióloga.
Centro Diurno Comunitario, Buin.*

Índice

1.- Memorias de verano	13
<i>Enna Iglesias Gómez - 84 años</i>	
2.- Una pequeña historia de vida	17
<i>Manuel Zamorano Marchant - 72 años</i>	
<i>Ana Medina Guajardo - 63 años</i>	
3.- Amor por el lugar propio	20
<i>Graciela Duarte Canales - 87 años</i>	
4.- Las nuevas oportunidades existen	23
<i>Ramiro Reyes Pino - 89 años</i>	
5.- Vida, un presagio de felicidad	27
<i>Luisa Morales Abarca - 65 años</i>	
6.- Que maravilloso y genial escribir tu propia historia	31
<i>Sabina Arenas Rodríguez - 65 años</i>	
7.- Una experiencia Maravillosa	34
<i>Lucila del Carmen Quezada - 71 años</i>	
8.- Querido Nieto... ..	37
<i>Ximena Alegría Ríos - 61 años</i>	
9.- Todo por mi Hogar	40
<i>María Cabezas Moreno - 83 años</i>	
10.- Un poco de mi vida	42
<i>Cristina Candia Morales - 76 años</i>	

11.- Hay luz al final del vacío	45
<i>Nancy Carrasco Gallardo - 77 años</i>	
12.-Una nueva vida gracias a Dios	48
<i>Silvana Silva Duarte - 72 años</i>	
13.-Mi despertar espiritual	52
<i>Nubia Soto Romero - 69 años</i>	
14.- A mis grandes amores	55
<i>María Medina Gallardo - 65 años</i>	
15.-Las alegrías en la adversidad	56
<i>Pilar Espinoza - 63 años</i>	
16.-El poder de las nietas	58
<i>Graciela Ordoñez Gajardo - 64 años</i>	
17.-Mi historia en palabras	60
<i>Ema Villagra Salgado - 77 años</i>	
18.- Una vida en palabras	64
<i>José Figueroa Navarrete - 75 años</i>	
19.- La historia de mi vida	67
<i>Jovina Mella Paten - 78 años</i>	

“Existimos gracias a lo que nuestros antepasados vivieron”

*“La ternura es la fuerza más humilde, pero la más poderosa para
cambiar el mundo”*

Carlos Rochetta

Memorias de verano

Era una tarde otoñal, sentada en la mecedora, frente al pequeño jardín donde observo el azul del cielo, rayado por pequeñas nubes blancas, algunas con un leve color rosado por el sol que las alumbra al despedirse del día, antes de hundirse en el horizonte. Bello paisaje de un atardecer otoñal. Cierro mis ojos y a mi mente acceden tantos atardeceres hermosos... pero uno en especial, que quedó guardado en un rinconcito de mi corazón.

Corría el año 1970, febrero, mes en que con mi esposo e hijos salíamos de vacaciones a Pichilemu. Muy temprano el día de la partida todo se preparaba para salir, por eso en la puerta de la casa descansaban dos maletitas de mimbre y sobre ellas las muñecas de mis hijas y un balón de fútbol de los chicos, sombreros, chales y mucho entusiasmo.

Esa mañana mis 4 hijos, Alicia, Carolina, Iván y Luis de 10, 8, 7 y 6 años, se levantaron sin mayor esfuerzo, super emocionados, corriendo y gritando “¡vamos de viaje!” “¡vamos al mar!”, “¡vamos a la playa!” “¡¡¡Viva, Viva!!!” mientras nosotros procurábamos tener todo listo para no retrasarnos y perder el tren.

Debo acotar que mi esposo durante el año organizaba todo lo del alojamiento: taxi, pasajes del tren, paseos, comidas, de forma que

cada detalle estaba pensado para pasarlo bien. Llegábamos a una residencia que en otra época funcionaba como colegio y servía como residencia de verano. Aún conservaba la estructura de escuela: un gimnasio donde se adaptó para un comedor, grande y amplio, lleno de mesas adornadas con un mantel azul de cuadros, dando un ambiente acogedor y hogareño. También permanecía el telón del teatro donde otrora se presentarían los grupos musicales y obras teatrales y lucía cerrado con gruesas cortinas azules como guardando los recuerdos de lo que un día se presentó allí.

Nuestra rutina diaria de verano era, luego de tomar desayuno en el comedor, arreglar las bolsas que llevaríamos a la playa, trajes de baño, toallas, naranjas, caramelos y la infaltable “crema para el sol” (hoy, bloqueador solar).

Pichilemu era una playa de blanca arena y grande ya que se perdía la vista en el horizonte, un mar imponente de grandes olas combinado de suaves olas que disfrutábamos con los niños. Su extensión era tal que se hacía muy cómoda, pues eran pocas las personas. A veces nos sentíamos solos y eso nos gustaba. Los niños montaban a caballo, jugaban fútbol, construían una casa, cavaban piscinas enormes en la arena con la ayuda de mi esposo y el más pequeño siempre a mi lado, un poco temeroso pero que poco a poco se unía a los demás venciendo sus miedos. Solo se detenían de jugar cuando pasaban los vendedores de pan dulce o huevos duros, manzanas caramelizadas, helados y un sinfín de ricas cosas.

Al llegar a la playa, bañábamos los niños para quitarles la arena y vestirlos para ir al gran comedor, donde nos servían una rica cena que en pocos minutos desaparecía de los platos, para luego irnos a la plaza del pueblo donde estaban los juegos mecánicos o parque de atracciones.

Cerca de la playa, había un restaurant, construido como una ruca grande, donde cada tarde servían comidas típicas, caseras y el mate junto a un brasero, con queso asado que nunca faltaba. A ratos se sentía el aroma de las ricas empanadas fritas de mariscos y también tengo presente las risas y juegos de los chiquillos en ese rancho. ¿Cómo olvidar momentos así?

Ya cuando caía la tarde, con nubes de arrebales de colores rosados y naranja, decidimos regresar a la pensión caminando por la orilla del mar. No olvido la fila india que hicimos de seis figuras de diferentes tamaños, uno detrás del otro, cantando las canciones de la época mientras a lo lejos veíamos esconderse el sol. Momentos que aún los siento vivos en mi mente y mi corazón, momentos sencillos pero llenos de amor. Fue tan hermoso el paisaje, un lugar sublime, como toda la creación hecha por Dios, donde muchas veces nos deleitábamos como familia.

De repente, desperté de mi maravilloso recuerdo y me percaté que gruesas lágrimas corrían por mis mejillas. Pero aunque sentía un nudo en mi garganta, sentí plenitud y felicidad en mi corazón, pues palpitaba de alegría, de nostalgia y sobre todo con un gran sentido de agradecimiento a Dios por permitir estos mágicos momentos.

A mis 84 años puedo decir que me siento feliz de haber compartido en mi vida muchos gratos e inolvidables momentos con mis hijos, mi esposo y hoy con mis nietos y bisnietos. Puedo decir, que en este tiempo más que nunca, tener gratos recuerdos y poder recordarlos, son una bendición, porque vuelvo a sentir el gozo y paz de una vida plena junto a los míos. No era el dinero ni las posesiones lo más importante, sino las cosas simples, las conversaciones, las risas, los juegos, compartir la mesa, y tantas otras cosas cotidianas lo que nos dio tanta felicidad.

Así que una vez más, cuando la tecnología pareciera querer grabar cada minuto de la vida de una persona, yo digo que no hay como vivir y grabar en el recuerdo cada minuto a plenitud, ya que solo así podrás sentir que : “que recordar es vivir”.

Enna Iris Iglesias, 84 años



Ilustración: Trinidad, 9 años

Una pequeña historia de vida

Mi nombre es Manuel Zamorano y junto con mi esposa, Ana Medina, queremos contar un poco de nuestra vida. Nos conocimos hace 57 años, fue como amor a primera vista. Pololeamos durante 7 años, pero como lo hacíamos a la antigua, con bellas cartas que contaban nuestro amor. Los encuentros eran con nuestras familias presentes, como decían antes, “*donde mis ojos te vean*”. En el año 1972 nos casamos en Alto Jahuel, fue un día muy especial para nosotros. Luego de eso nos mudamos a Santiago y ahí arrendamos una pieza.

Con mi esposa empezamos de abajo, poco a poco nos fuimos comprando nuestras propias cosas, de hecho compartíamos la casa con sus dueños, ya que la pieza no era independiente. Llegamos con muchas carencias pero un gran amor, ganas de salir adelante y muchos sueños en conjunto.

A dos cuadras de donde arrendamos había una industria textil y allí entré a trabajar mientras Ani se dedicó al hogar. Pronto llegó, como una bendición, nuestro primer hijo, Leonardo. Todo estaba muy bien hasta que llegó el golpe de estado. Fue una época muy dolorosa, con mucho miedo ya que vivimos mucha violencia. Nuestra casa estaba a tres cuadras del regimiento Buin, nos encontrábamos en medio de muchas balaceras. Ani fue la que se llevó la peor parte, ya que al lado de donde vivíamos había un negocio y por la escasez de productos se formaban muchas filas, por ello las personas protestaban. En una ocasión llegaron los militares, hubo gran revuelo, incluso se llevaron gente detenida. Por ello nos vinimos a vivir a Buin a la casa de mi papá. Con mucha suerte al mes nos salió un sitio en donde vivimos hasta el día de hoy. Al tiempo llegó nuestro segundo hijo, Raúl.

Poco después puse un taller de bicicletas, en un comienzo solo tenía un letrerito pequeño, no conocía nada sobre el rubro, trabajaba apatronado en el día y durante las tardes me dedicaba a aprender sobre bicicletas. Fue muy difícil empezar debido a que en esos años había pocas bicicletas, por lo que el trabajo escaseaba. De todas formas fui aprendiendo con los pequeños trabajitos que

llegaban y mirando mi bicicleta, la armaba y desarmaba para ver cómo funcionaban las piezas. Lo más complicado fue aprender a engrayar una rueda, para ello tuve que pagarle a otra persona para que lo hiciera, no salió muy a cuenta, pero pude aprender y replicarlo en futuros trabajos.

Este pequeño negocio nos dio a mí y a mi esposa la oportunidad de darle educación a nuestros dos hijos. Es un orgullo para mí decir que ambos lograron ser profesionales y tienen sus propias familias. Uno de ellos vive en Cauquenes y el otro en Buin, nos visitamos y hablamos por teléfono. Tenemos 7 nietos: Fernando, Lucas, Martín, Camila, Antonia, Maite y Florencia. Hoy en día vivimos solos pero ellos nos visitan. Así pasamos el tiempo: yo en mi taller y mi esposa en la casa. Pero cada domingo salimos a distintos lugares, tratamos de que a pesar de los años, tengamos tiempo para nosotros. Somos autovalentes gracias a Dios. No nos gusta ir de visitas a otras casas ya que sería ir a encerrarnos a otra casa, nos gusta visitar diferentes lugares, pasando tiempo como pareja.

Actualmente ambos tenemos 72 años. El año pasado cumplimos 50 años de casados, celebramos nuestras bodas de oro y nuestros hijos nos hicieron un muy bonito regalo, un bello cuadro que refleja los días, horas y minutos que llevamos con mi señora. Eso sería un poco de nuestro pasado y del gran amor que nos tenemos hasta el día de hoy, porque el amor no tiene fecha de caducidad.

Ani y Manuel.



Ilustración: Saira, 5 años

Un amor por el lugar propio

Soy una mujer de campo, tanto por nacimiento como por opción. Los primeros años de mi vida fueron entre Santiago y Colchagua, entre las obligaciones del colegio y las enseñanzas domésticas. Pero sobre todo, entre el contraste de la ciudad y lo inhóspito del secano costero. Fue ahí cuando me casé, al terminar el colegio. Mi vida fue una suma de elecciones, optar por una casita entre los eucaliptus y tener a mi hijo mayor, el cual creció entre juegos y mi

incansable trabajo por tener chacras y jardines en medio del secano.

En ese sueño, en ese campo crié a mis hijos y quise que fuera Buin el lugar donde pudieran educarse y desarrollar una vida tranquila. Llegué a la zona por mi propia insistencia, quería estar cerca de Santiago, pero seguir disfrutando del aire libre, por eso convencí a mi marido de que Buin era el lugar, específicamente la localidad de los Guindos, lugar poco poblado pero con muy buena conectividad. Los Guindos ha sido el fruto de nuestro trabajo, ha sido mi lugar propio donde poder hacer las cosas con libertad.

El gran proyecto de vivir en Buin fue difícil en el comienzo, llegamos a una casa muy rústica en medio de la parcela, era el año 1972. El desabastecimiento y los problemas económicos no nos permitían asentarnos de la manera que queríamos, por lo que la forma de pasar los años difíciles fue con mi marido maestreando en la casa y yo jardineando. Yo anhelaba crear bellos jardines, poder plantar árboles nativos que traje conmigo desde la sexta región y poder criar animales para tener en mi casa. Fueron tiempos duros, pero todo el esfuerzo familiar dio frutos, logramos contar con varios jardines, huertos y un gallinero... hasta lechería tuvimos.

En un momento Buin fue un espacio propicio para mi marido porque su gran pasión eran los caballos. Esta comuna le permitió poder tener sus propios caballos, compartió en clubes y asociaciones de huasos. Fueron grandes tiempos, yo podía acompañarlo, hacer

buenos amigos y conocer mejor la zona. Los caballos son una verdadera vocación, en ese sentido, el mundo de mi marido estuvo siempre vinculado al deporte y las amistades que de éste surgen. En mi caso, pude conocer el mundo de los huasos y hacer amistad con sus señoras, conocí muy bien lugares como Maipo, Alto Jahuel, El Recurso, Linderos, Paine y tantos otros.

He vivido bastantes años en Buin, primero dedicada a la familia y a construir mi propio espacio en la parcela, pero con los años, la compañía y la entretención se vuelven necesarias para la vitalidad. Esta comuna me ha ayudado a ser parte de una agrupación de Adultos Mayores, donde puedo tratar con más personas de mi edad, hacer ejercicio y disfrutar de las actividades que organizamos.

Finalmente, he sido una viajera incansable, me encanta viajar, desde joven soñé con conocer mi país y así lo pude hacer. En familia vimos los frondosos bosques del sur o los inhóspitos paisajes nortinos. Con el tiempo he podido salir en busca de aguas más gratas y lugares con mejor clima que Chile. Mis ganas de conocer no han parado, por eso agradezco a Buin el darme la posibilidad de ser parte tanto de viajes cortos como largos, donde en cada paisaje la compañía siempre ha sido grata. El espíritu de los grupos me ha ayudado a estar más joven y activa.

Graciela Duarte Canales.



Ilustración: Violeta, 8 años

Las nuevas oportunidades existen

Me llamo Ramiro Hernán Reyes Pino. Nací el 19 de Mayo de 1933 en Santiago de Chile. Hijo de un matrimonio de campesinos de Quinta de Tilcoco, que vinieron a la capital en búsqueda de mejores posibilidades. Mi papá (obrero ferroviario), mi mamá (incansable dueña de casa) y 6 hermanos, vivíamos en dos piezas de un cité en la calle 5 de abril.

Todos fuimos a una escuela católica, yo hasta 2° preparatoria, pues trasladaron a mi padre a la ciudad de Rancagua, donde terminé Humanidades. La vida aquí fue muy diferente a la del cité en Santiago. Nuestra casa de campo estaba en un terreno de media hectárea, había canchas de fútbol, bicicletas, etc...

Debido a un ascenso trasladaron nuevamente a mi padre a Santiago. Aquí aprobé el Bachillerato de la época. Gracias a esto y al gran esfuerzo de mi padre entré a estudiar a la Universidad Católica. Pero por dedicarme al fútbol, a los bailes y a ser un irresponsable, mi vida universitaria fracasó. Luego de ello trabajé 6 años en una escuela parroquial y en las tardes manejaba un taxi. Me casé, tuve dos hijos y también fracasé. Fue un periodo NEGRO en mi vida. Vivía solo y si en alguna parte se hablaba de estudios universitarios o logros académicos yo me retiraba, recordaba mi gran fracaso académico y me daba vergüenza, era algo que me dolía porque no se debió a mi capacidad intelectual, sino a mi irresponsabilidad.

Mi hermana Olivia me llevó a su casa con ella. Su esposo trabajaba en INACAP y a través de él tuve una segunda oportunidad y comencé a estudiar Dibujo Técnico y a enseñar a otros dibujo y matemáticas. Seguí estudiando y logré aprender Dibujo Técnico Americano. Debido a mi gran capacidad docente y mis conocimientos en mi profesión fui contratado de planta en INACAP. Fue el gran cambio de mi vida: estudiaba, trabajaba bien, me compré una casa y lo más importante, recuperé a mis hijos.

La Universidad Técnica de la época e INACAP hicieron un convenio para formar a los profesores de dibujo que impartirían clases en las escuelas industriales de Chile. INACAP me designó como instructor del ramo y después de dos años me becaron para que acompañara a mis alumnos a la Universidad durante otros dos años. Asistía a clases de 08:00 a 17:00 hrs, posteriormente de 19:00 a 21:00 hrs me desempeñaba como instructor de un curso de perfeccionamiento. Regresaba a mi casa para muchas veces amanecerme estudiando o enseñaba álgebra/ estadística a mis hijos. Fueron años muy intensos, pero al final de ellos logré dirigir la memoria final de mis alumnos en la universidad y salí titulado como profesor del estado en enseñanza industrial con honores. Ya no sentía vergüenza de mi periodo negro.

Años más tarde comenzó una gran época de importaciones en el mundo, tomando mucha importancia el control de calidad y la normalización en la industria Chilena. Se hizo un convenio entre las universidades de Santiago: INACAP, Universidad Federico Santa María de Valparaíso en representación de Chile. Estas se unieron junto con representantes de Japón y EE.UU. Fui designado junto con algunos ingenieros civiles para participar en la formación de profesores en normalización y control de calidad de Chile; así el país podría integrarse en la exportación e importación de productos. Me convertí en profesor del ramo, impartiendo en grandes empresas nacionales y extranjeras del país, de Arica a

Punta Arenas: Armaduras de automóviles, Fabricación de armamento del Ejército y diferentes mineras.

Por último, no me gustaría despedirme sin antes contarles de un gran amor en mi vida: la música. Cuando tenía 20 años uno de mis alumnos en la escuela parroquial, tenía padres de la religión evangélica. Este alumno tenía una guitarra terrible de cuerdas de alambre y clavijas de madera y él me enseñó a tocar un vals con dos cuerdas. Desde ahí descubrí el amor por el arte musical. Llevo 70 años tocando guitarra en grupos folclóricos y religiosos. Cuando tenía 75 años conocí el arpa y gracias a muy buenos profesores llevo 15 años tocando, demostrando con ello que nunca es tarde para aprender. De adolescente, para las fiestas que se realizaban en mi casa, escribía y cantaba versos jocosos a mis hermanos. Tenía mucha facilidad para componer canciones y hacer poesías. Un médico me enseñó la Décima Chilena, “lo humano y lo divino”, esto lo he aplicado en lo folclórico y en lo religioso. He compuesto diferentes ritmos del folclor y religiosos en acontecimientos como matrimonios, bautizos, fiestas chilenas, funerales, etc... En 30 años he compuesto miles de décimas chilenas y he enseñado composición a muchas personas.

En dos páginas es difícil resumir 90 años de intensa vida. Pero creo que he contado lo más importante.

Ramiro Reyes



Ilustración: Matías, 7 años

Vida, un presagio de felicidad

Luisa tenía 34 años de edad cuando un examen confirmó que iba a ser madre por primera vez. La felicidad inundaba de alegría todo su ser. Se sentía muy dichosa, pues en su vida, aquí y allá, se manifestaban algunos pequeños hechos e inconvenientes que alcanzaban para ella la dimensión de verdaderos acontecimientos. La alegría de sus padres era desbordante, estaban muy emocionados de ser ellos, junto a Luisa, los primeros que debían dar la noticia a la familia, mirándose con complicidad, ideando la mejor forma de informar aquel anuncio. Luisa continuaba

reflexionando, dando vueltas y más vueltas a múltiples ideas en su cabeza, pero si de algo estaba segura es que Dios hace bien todo lo que él lleva a cabo, porque algo tan maravilloso no podría ser solo terrenal, pues es inexplicable que algo que tu ser formó, en unos meses más pronuncie con temblorosa y dulce voz la palabra “mamita”.

Siguieron los meses de espera presentándose dificultades en el embarazo, donde su madre y su padre fueron pilares fundamentales en este hermoso proceso. Llegó el anhelado mes de Diciembre, cumpliéndose la fecha programada por el médico, y su bebé, un varoncito precioso, pequeñito y sanito, había hecho felizmente su entrada en este mundo con su dedito pulgar en la boca pidiendo alimento. Era tal la actitud triunfal de Luisa que solo bastó una mirada, un gesto para entenderse, estaba impaciente de poder besarlo y abrazarlo. Los abuelitos, padres de Luisa, esperaban ansiosos poder conocerlo a través de la ventana de la sala de la clínica, seguían contemplando muy emocionados, riendo y llorando a la vez.

Transcurrió el tiempo, un año cuatro meses para ser exacta, y Luisa se convirtió por segunda vez en madre de otro lindo varoncito. Ese día de abril el sol brillaba en el firmamento ¡qué alegre parecía todo bajo sus rayos!, lo que invitó a Luisa a reflexionar acerca del nacimiento y de los milagros. Ni siquiera un sabio puede definir con exactitud el significado de la vida, ni explicar la manera en que se inicia y se prolonga. Aparecieron los padres de Luisa, tomaron en

sus brazos al precioso bebé dormido, miraban sus manitos, su rostro y las pelusitas de pelo.

Continuaron pasando los años y a los 39 años de edad, nuevamente, Luisa se enteró que estaba en la dulce espera de un nuevo ser de luz. Todos apuntaban a que era un varoncito, solo la madre de Luisa tenía la convicción y seguridad, tocándole la guatita, que era una niña. Se cumplió la fecha que el doctor indicó, era un lluvioso y helado mes de junio. Luisa fue madre por tercera vez y resultó ser una preciosa mujercita, llamada por el pediatra de ese entonces, el doctor Esperidión, como sucesora de Cecilia Bolocco, dando a conocer una vez más la manera maravillosa en que Dios ha organizado todo. Ese momento se parecía sin duda a aquellos transcurridos antaño: una vez más en el pabellón junto a sus padres, los cuales olvidando la solemnidad del momento, corrieron al encuentro con toda la velocidad que le permitían sus piernas, anhelantes de poder tomarla en sus brazos y rodearla de amor. Los abuelos tenían un aspecto radiante al igual que el día en que algunos años atrás habían sorprendido a Luisa con sus dos bebés anteriores.

Ocurre que se encuentra en los hijos una parte de nosotros mismos. Ella confiesa a sus padres que no olvidará nunca las caras de felicidad, de alegría en los tres nacimientos y el apoyo incondicional que hizo posible evitar numerosos escollos y convertirse en una feliz madre, gracias, en primer lugar a Dios, y a ellos. Hoy Luisa, con su cara un poco más marcada con los años,

mira hacia atrás y ve aquellos momentos tan inexplicablemente mágicos y hermosos, para luego volver al presente y observar con orgullo y amor como aquellos tres bebés, ahora ya adultos, son la creación más perfecta que jamás pudo imaginar.

Luisa Irene Morales Abarca.



Ilustración: Edhú, 11 años

Qué maravilloso y que genial escribir tu propia historia...

Comienzo en el momento en que nací: mi padre, Aníbal, me puso el nombre de su madre Sabina, el cual supe su origen muchos años después de que él falleciera. Dicen mis hermanas mayores que fui muy amada por mi padre por llevar ese nombre, por el que me siento muy orgullosa. Mi madre nos decía que de niñas, con mi hermana Nancy, un año mayor que yo, amamantamos juntas. Éramos muy unidas, siempre cuidando una de la otra. Yo era muy enfermiza, era la penúltima de 12 hermanos.

Después mi madre quedó viuda con cuatro hijas. Esa fue otra etapa linda de mi vida, mi madre nos compraba bolitas y trompos para que nos entretuviéramos dentro de la casa. En esos años se respetaba mucho a los padres, nosotras respetábamos mucho sus palabras y modales, “éramos sus niñas”, jugábamos con ella y algunas amiguitas del barrio. Pero siempre dentro del patio que era amplio y fresco.

También nos enseñó a jugar a la “papaya”. Este era un juego con cinco piedritas muy redonditas y no muy grandes. El juego consistía en poner una alfombra, sentadas alrededor cada uno con sus piedritas. Fueron momentos inolvidables porque ella jugaba con nosotras. Creo que en las nuevas generaciones se ha perdido lo lindo que es compartir con los seres queridos, el poder jugar en familia, lo hermoso que es compartir bellos e inolvidables momentos en familia.

Mi juventud fue una etapa llena de ilusiones y recuerdos jamás olvidados. Uno de los recuerdos que más me marcó fue cuando cumplí 16 años y fui escogida reina de la población donde vivía, con un reinado y votaciones.

Otro recuerdo bello de mi adolescencia era cuando jugábamos partidos de baby fútbol. Competíamos a menudo con distintos sectores de alrededores de la población, allí mi madre junto con mis dos hermanas que vivían con ella salimos constantemente a

canchas fuera de Buin. Éramos jóvenes con inocencia pura, sin maldad y con mucho agradecimiento y respeto a nuestros padres.

A mis 20 años llegó a mi vida un ser muy especial, Raúl. Nos enamoramos y vivimos momentos y etapas muy lindas. Mi mamá lo quería demasiado, fue ella quién nos pidió que nos casáramos. Tiempo después supimos de su enfermedad, tenía cáncer, fueron días muy tristes.

Por último me gustaría contar mi gran amor por cuidar niños. Para ayudar a mi esposo en lo económico cuidaba niños en mi hogar junto con mis hijos. Creo tener una gran paciencia, amo a los niños y la alegría que me entregan. Mis hijos hoy en día ya crecieron, se recibieron con mucho esfuerzo de sus profesiones, están casados y han formado un hogar. Con mi esposo vivimos solos, pero es un gran regalo saber que cumplimos educando a personas de bien, que son buenos hijos, que hacen sus vidas, pero que se preocupan por nosotros, que seamos felices y emprendamos la nueva etapa de ser adultos mayores. Actualmente me integré al programa Centro Día, donde cada semana voy a talleres y comparto con más personas de mi edad. Ha sido como un nuevo regalo para mi vida.

Sabina Arenas.



Ilustración: Sofía, 11 años

Una experiencia maravillosa

Fue un día de mayo, cuando recibí la noticia de que uno de mis tesoros había quedado seleccionada para ir a un campeonato de natación en Australia (interescolar a nivel mundial). Este tesoro lo recibí en mis brazos al nacer, era mi preciado hijo. Papá se desmayó de tanta emoción. Si bien mi tesoro había salido a competir aquí en Sudamérica, siempre fue acompañado por sus

padres, entonces ¿Quién lo acompañaría?, ahora mi niño iba al extranjero.

Quince días antes del viaje decidieron que los diez niños y niñas irían solos, acompañados solamente por el profesor de natación junto a un encargado del grupo. Entre los familiares más cercanos costeamos el pasaje e implementos necesarios para dicho evento. Fueron noches agotadoras, sin dormir, solo pensando “cuídate, cuídate, no se separen del profesor, cuida tus pertenencias, refuerza las palabras más utilizadas allá, saludos en inglés”, etc...

Tesoro mío, todos te amamos mucho y te estaremos esperando con todo el amor que te tenemos. No te pido medallas, quiero que vuelvas feliz, contento de esta hermosa experiencia que vas a vivir. Entre 25 y 29 horas el papá siguió la ruta de los aviones por internet. Llegan a destino sin novedad, descansan, al día siguiente a entrenar porque estaba pronto a comenzar el evento.

La noche anterior a la competencia fue escogido para representar a Chile (en su área se supone). Por la mañana siguiente a las 08:00 am suena el celular, “¡ORO, ORO, ORO!”. Saltaba de alegría, grité “¡Bien mi tesoro, lo lograste!, eres maravilloso” (también lloré de alegría). Agradecí a Dios por el momento que nos regaló y vivió mi tesoro. Al día siguiente compitió nuevamente y “¡ORO, ORO, ORO!”.

Hablé con mi niño, estaba confundido me decía “representé a este grupo de niños de Chile y gané”. No cabía de alegría, todos estaban felices, contentos por los momentos que estaban viviendo. Le ganaron a muchos participantes de diferentes países. Finalmente mi Joaquín ganó 4 medallas de oro, 1 de plata y una de bronce. Esta experiencia la llevo grabada en mi memoria.

Cuando regresó lo abracé, le recordé cuanto lo quería y amaba. En realidad saludamos a todos los niños de la delegación, estábamos muy orgullosos de cada uno de ellos. Este año recibió el premio que solamente se le entrega una sola vez a una figura promisoría.

Actualmente sigue en natación y está nominado para ser seleccionado nacional juvenil. Nuevamente en mayo de este año empiezan a prepararse para salir al extranjero. Mucha suerte y éxito mi querido Joaquín.

Carmen Quezada.

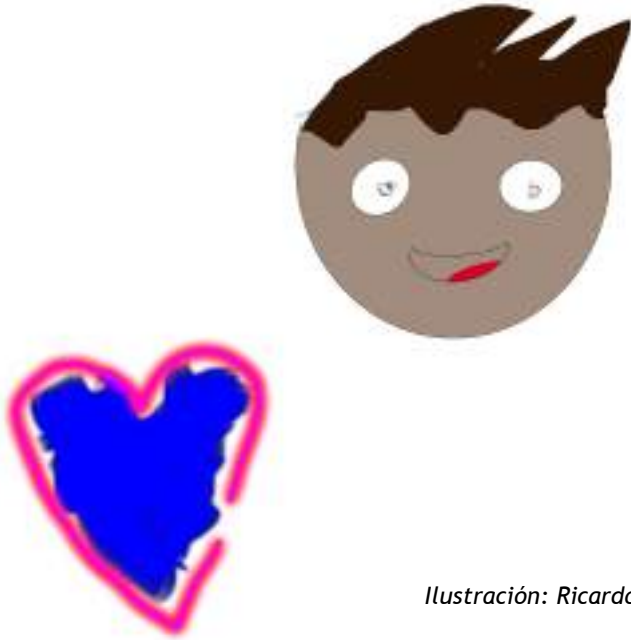


Ilustración: Ricardo, 10 años

Querido nieto...

Mi querido amor silencioso, llegaste a mi vida un 13 de mayo del 2019 removiendo mi corazón con tus dulces miradas y tiernos cariños. Quizás a veces un poco brusco porque te cuesta expresarte y en ocasiones aislado, pero siempre ahí. Has sido en muchas oportunidades mi consuelo, mi cable a tierra, agradezco al Señor el haberte traído a mi vida cuando estaba más depresiva y triste, sentía que le faltaba sentido a mis días pero tú con tu sonrisa inocente llegaste a alegrar mis días.

Se han de cumplir 4 añitos desde que compartes conmigo tu diario caminar, quizás aún no hables y no te puedas expresar como otros niños, pero yo entiendo lo que quieres dar a conocer. Me buscas cuando me ausento, escucho tus gritos y te abrazo, amo darte consuelo con el gran amor que nos tenemos. Quizás por tu condición especial tus cariños y a veces tus golpes nos hacen recordar que el amor siempre debe ser sincero y leal. El TEA es una condición muy difícil, que día a día nos trae retos, pero con el gran amor que te tenemos sé que saldremos adelante.

Cuando naciste, apenas te vi supe que algo no andaba bien, eras un bebe hermoso pero jamás nos mirabas fijamente, fue duro saber meses después que padecían una condición llamada TEA, jamás lo habíamos escuchado, era un incertidumbre el futuro, solo sabíamos que te amábamos con todo el corazón. Poco a poco nos dimos cuenta que no te gustaba el contacto físico, corrías de nuestros abrazos, generalmente nos golpeabas y te encantaba gritar muy fuerte de forma repentina. Con el tiempo nos acostumbramos, con cariño y paciencia tus cabezazos disminuyeron, como familia amamos tus gritos, nos encanta gritar contigo y ver quien lo hace más fuerte, parece gustarte porque ríes mucho.

Conocemos tu amor por los ventiladores y los plásticos que pueden girar, por eso toda la semana junto diferentes tipos de plásticos, para cuando llegues, ver tu hermosa sonrisa mientras los haces girar. Amo llevarte al negocio de la esquina y ver tu alegría al mirar

el ventilador girar. Por último quiero que sepas que te amo mi gordito y espero siempre estar cuando necesites por nuevos senderos caminar mi querido nieto Alonso.

PD: Espero algún día antes de cerrar mis ojos verte realizado.

Ximena Alegría

Todo por mi hogar

Mi nombre es María Luz Cabezas. Nací un 05 de Agosto de 1938 en Buin. Me crié en la localidad de Lo Salinas y allí estudié hasta 6° de preparatoria. La relación con mi madre nunca fue buena, era una mujer muy autoritaria que rara vez escuchaba a los demás, lo que ella decía debía hacerse al pie de la letra, si no las consecuencias debían pagarse. Un día a mis 16 años mi madre me tomó y me dijo que empacara mis cosas, sin más explicaciones me dijo que iría a trabajar de nana a una casa. No sabía qué pensar, sentía mil emociones, me inundaba la incertidumbre y la frustración, ya que las palabras de mi madre eran órdenes inapelables.

Con mucho pesar guardé mis pocas pertenencias, llena de muchos pensamientos, pero en ese momento una idea se estableció en mi mente y en mi corazón, me miré al espejo y me juré a mí misma que sea como sea iba a tener mi propia casa y mis propias cosas, para ya nunca más tener que pedir permiso, para ser dueña de mi misma y de mi propia vida.

Llegué a una enorme casa, me trataban bien pero cada sueldo que recibía se lo llevaba mi madre, jamás vi un peso de todo el trabajo, siempre fue destinado a ayudar a mi familia. Estuve en esa casa 4 años y fui despedida, debiendo regresar a la casa familiar donde

debí soportar el enojo de mi madre. Luego trabajé un tiempo en una panadería atendiendo público, y después de un tiempo de cesantía volví a trabajar de nana puertas adentro en Buin. Por la insistencia de mi madre y por ayudar a familiares, luego de cuatro años tuve que dejar todo lo conocido para volver a Santiago. Luego de pasar por varios hogares, los hijos de mi último patrón me trajeron a Buin para trabajar en un negocio orientado a la venta de repuestos de bicicletas y artículos deportivos, y en esta tienda atendía público. Estuve 12 años trabajando en esa tienda, en ese tiempo todos los meses ahorraba dinero para mi casa, era mi sueño, anhelaba vivir tranquila en algo propio, algo que reflejara todo el esfuerzo de estos años.

Con mucho esfuerzo por fin obtuve mi casa propia, fue una enorme felicidad para mí tener mi propio lugar en el mundo. Trabajé hasta jubilarme y hasta el día de hoy vivo en mi hogar, con una vida tranquila. Cada tarde me siento en el patio a ver el mundo, ya me falla la vista, pero aún así sentada en mi jardín pienso y recuerdo cómo era el mundo. No tuve hijos pero tengo dos sobrinos que quiero como si fueran mis hijos, a ellos les entregué legalmente mi hogar, será de ellos cuando yo ya no esté en este mundo, pero mientras vivo mis últimos días disfrutando el hogar que con mucho esfuerzo construí.

María Luz Cabezas

Un poco de mi vida

Mi nombre es Cristina Candia Morales, nací un 23 de septiembre del año 1946. Mis recuerdos de niña son muchos pero la gran mayoría se relaciona con el cuidado de mis hermanos. En mi adolescencia, a los 16 años, conocí a Manuel, el hombre de mi vida, cuando tenía 21 años nos casamos y tuvimos 3 hijos: Yasna, Katia y Cristian. Me dediqué 100% al cuidado de ellos mientras mi marido se dedicaba a trabajar. Con el paso de los años mi marido quedó sin trabajo y surgió con ello el gran reto de mi vida.

Las necesidades crecían día a día, me decidí por salir a trabajar y ayudar en la casa. Lo vi como una oportunidad para crecer personalmente. Primero trabajé como asesora del hogar durante dos años y luego comencé a vender ropa íntima. Fue muy difícil en un comienzo, no conocía el negocio, era algo nuevo, sentía que no sería capaz porque no tenía estudios ni la personalidad que se necesita, pero aún así me armé de valor. Inicié vendiéndoles a mis amigas y conocidas, luego casa por casa con más fracasos que logros, era muy sacrificado, largas jornadas de caminata ya sea bajo el intenso sol o bajo la lluvia, muchas veces sin ninguna venta en el día.

Con la ayuda de Dios y el esfuerzo de familia logré salir adelante, mi marido se incorporó a mi negocio, él manejaba y yo hacía las entregas. Ya no había que caminar largas jornadas, pero aun así era difícil ya que no habían ganancias seguras, dependía mucho de las ventas diarias. Con mucho esfuerzo nos involucramos en el negocio, ganamos clientela aumentamos los productos que vendíamos, hasta bolsas de género personalizadas confeccioné para las clientas. Así estuve durante 25 años, trabajando junto con mi marido mientras cuidábamos a nuestros hijos, todo por darles un mejor futuro.

Mi negocio terminó cuando mi esposo enfermó, repentinamente apareció una fibrosis pulmonar. Lo cuidé durante 14 años hasta que el cáncer apareció. Yo seguí trabajando, le pagamos a una persona para que lo cuidara hasta que sufrí una fuerte caída. En ese momento comprendí que era hora de parar, ya no podía seguir con ese ritmo de vida, había que elegir las prioridades en la vida y en ese momento mi esposo me necesitaba, así que deje el trabajo y me dediqué a cuidarlo. Así pasaron 2 años hasta que falleció.

La muerte de mi esposo trajo gran dolor a mi corazón, me sentía abandonada por mis hijos, me empezaron a ver como una incapaz, querían dirigir mi vida y tomar las decisiones por mi, pero no me dejé. A pesar de mi edad decidí tomar las riendas porque estaba aún llena de vida. Así que comencé a ocupar ese gran vacío que sentía con distintas actividades. Hoy en día tejo, hago costuras, práctico yoga, me gusta compartir con personas más viejitas que yo y ver si las puedo ayudar. Actualmente llegué al programa Centro

Día porque me encanta relacionarme con gente de mi edad, escuchar vivencias y que profesionales nos entreguen el valor que merecemos, que muchas veces a nuestra edad perdemos.

Por último me gustaría contarles de una gran alegría para mi corazón, la llegada de mis nietos. Los quiero a todos por igual, pero con el mayor siento una conexión muy especial, es la prolongación de mi vida, es muy amoroso. En total tengo 5 nietos, ellos llenan mi vida de alegría, aunque a uno de ellos, por cosas de la vida no lo he visto en un año. Esto ha sido uno de mis dolores más grandes, pero el amor que le tengo no ha disminuido con el tiempo.

Hoy en día amo estar sola, tengo muchos panoramas para mi día a día. Con mi esposo vivimos 49 años de matrimonio, ya van 6 años de su partida. Fue y es muy difícil estar sin él, me ha costado llenar el vacío que dejó, pero con el tiempo uno aprende a vivir con esa pena. Pero estoy tranquila. Lo recuerdo con gran cariño, siento que él me acompaña y cuida, sé que algún día nos volveremos a ver.

Cristina Candia.



Ilustración: Dante, 9 años

Hay luz al final del vacío

La delgada niña de trenzas y piernas largas, de eterna mirada triste que siempre escuchó “debes ocuparte y cuidar a tus hermanitos, eres la mayor”, creció viendo a la madre esforzarse día a día, lavando ropa ajena aún bajo la lluvia, todo para dar lo básico a cada uno. Difícil vida, con necesidades extremas, con 7 hijos tratando de sobrevivir... solo soñando que el día siguiente sería mejor. Hoy en día ya los hermanitos están con su vida formada, felices con sus familias, solo uno de ellos ya no está, descansa y nos cuida desde el más allá.

Ahora camino sin rumbo fijo, sonrío a todo el mundo pero no me ven, creo ser invisible, veo pasar los vehículos y sigo sonriendo a quien pasa a mi lado. Consciente de que no he sido feliz hasta el día de hoy, lloro en silencio, miro al cielo y me pregunto ¿Qué debo hacer ahora? Ya estoy cansada, enferma, débil, sola. Se me dificulta mucho el caminar, lo hago a diario para así acortar las horas del día. Ya sin mayor interés las noches me parecen eternas.

En mi diario deambular, un día veo una enorme casa con sus puertas abiertas.... me atrevo y yo las cruzo. Entré y me di cuenta que ahí las personas eran alegres, me sonrieron, me hablaron como si yo fuera importante, me acogieron, mi corazón latía muy fuerte y rápido, sentí la calidez del trato humano, fui abrazada con cariño. Ya no era invisible... fue mi renacer. Esa casa de color blanco con celeste es nuestra querida Casa del Adulto Mayor de Buin.

Hoy camino segura, confiada, ya no me duele el pasado, me siento útil y querida. Ya no estoy sola, tengo la compañía de personas con un corazón enorme, capaces de acoger a los mayores que hoy la sociedad da de baja por sus años, sin considerar la experiencia y sabiduría que nos dio la vida.

Me pregunto ¿hasta cuando yo estaré aquí?... No lo sé... Ahora camino tranquila hacia este alegre futuro, agradeciendo al universo que nos premió con esos seres de luz, de un corazón maravilloso

que nos esperan siempre con los brazos abiertos en “nuestra casa”,
llena de amor, cariño y sonrisas verdaderas en el final de nuestros
días... en este... nuestro último vuelo.

Nancy Carrásco.

Una nueva vida gracias a Dios

A los 12 años tuve un resfriado mal cuidado, en pleno desarrollo. Esto produjo que una válvula de mi corazón no creciera y apretara a la otra. A los 25 años comencé a tener dolores al corazón y los doctores se reían de mí porque según ellos “el corazón no duele”. Me daban aspirinas, estuve 5 años tomando este medicamento pero los dolores no cesaban. En ese tiempo vivía en San Clemente. Luego llegó una nueva maquinaria médica a la Universidad Católica de ramadilla de San Clemente. El doctor me envió a hacerme exámenes con esta máquina experimental, y descubrieron que la aorta era más corta que la mitral y se encontraba encima de ésta, por ello no podía funcionar correctamente. Me enviaron al hospital de Talca a un cardiólogo y él sí tomó en serio mi dolor al corazón. Postulamos al hospital Salvador de Santiago para que fuera atendida en mejores condiciones.

En esos años los buses Ambrosio tenían convenio con los hospitales, ellos enviaban a los enfermos del corazón en una van al hospital Salvador. Pasé dos años con hospitalizaciones intermitentes de 15 días, porque la junta médica vio que mi corazón creció más de lo normal y no podían operarme, debido a que en el campo donde vivía tenía un trabajo arduo (araba, plantaba, cuidaba cinco hijos). Luego de esos dos años el doctor me dijo que viniera a Santiago

para dejar los trabajos forzosos. Como familia nos vinimos a Santiago y tenía controles regulares en el hospital.

En ese tiempo comencé a tener olvidos que luego de esos dos años se intensificaron. Hacía las compras y dejaba las cosas, se me olvidaba donde vivía etc... Un día el doctor me informa que vamos a postular a una válvula experimental y me derivaron al Hospital del Toráx. Me atendió un discípulo del doctor Caplan. Primero me hospitalizaron un mes y fui tratada por diferentes profesionales, kinesiólogos, psicólogos, etc... Todos me decían que debía preocuparme por mi: “primero tú, segundo tú, tercero tú... tienes que olvidarte que tienes familia”. No entendía, en un comienzo fui rebelde, tenía hijos, la menor con 13 años, tenía mi familia, ¿Cómo los iba a olvidar? Con el tiempo lo fui aceptando.

Un día domingo en horario de visitas, mis hijas llegan con una pastora. Yo no era muy creyente en Dios. Esta mujer venía a que hiciéramos la oración de fe, me preguntó si quería aceptar a Cristo como mi salvador, yo le dije “bueno el Cristo que usted tiene es el mismo que tengo yo, así que no hay nada de malo en una oración más”. Ella hizo la oración de fe y me hizo repetir una oración en donde me arrepentía de mis pecados, me dijo que si tenía enemigos los perdona, que aceptara a Cristo y que me inscriba en el libro de vida como hija de Dios. Hizo otra oración sobre mí y me dijo “Ahora usted es una hija de Dios”. Me dejó la biblia en el salmo 23. Lo leí y me quebrante. Lloré como una niña pequeña en

sus brazos. Creo que por primera vez sentí algo especial... la gracia de Dios entrando en mi.

Un día sin previo aviso me dicen *“Silvana mañana te operamos, llama a toda tu familia para despedirte”*. Yo quedé en shock. El doctor pega un palmetazo a la mesa y me dice *“¡Te quieres operar o no!”* y le dije que sí. En ese momento se presentó todo el cuerpo médico, me dijeron que tenía un 98% de probabilidades de morir y 2% de sobrevivir. *“Si vives es muy probable que quedes con secuelas”*. Eran tantas cosas que procesar que uno solo se entrega. Llamé por teléfono a un negocio cercano para que le avisaran a mi familia y me vinieran a ver. Yo le daba palabras de aliento a mi esposo, pero en el fondo ya estaba resignada a lo peor.

Al otro día, un 14 de agosto, me despiertan a las 07:00 de la mañana para ser la primera operada de esta intervención experimental. Me llevaron a pabellón. Mi esposo me iba a dar un beso en la frente pero no lo dejaron, lo mire hacia atrás y estaba llorando. Le dije *“Nos vemos, si no nos vemos en esta vida nos encontraremos en la otra”*. Al entrar al pabellón dije *“Señor Jesús, si tu existes has un milagro en mi y predicaré tu evangelio a donde tu me envíes”*. Ya adentro solo recuerdo la gran cantidad de herramientas y una enorme luz. Luego de eso la anestesia hizo efecto.

La operación duró siete horas y media. Al despertar me vi llena de mangueras. Estuve 3 días en la UCI. Cundo mi esposo me vio quedó

tieso de la impresión y las enfermeras tuvieron que llevárselo. Por eso pedí no tener visitas hasta estar en una sala de recuperación normal. Mirar mi cicatriz fue un momento fuerte para mí. Me dieron el alta pero tenía que volver al otro día, así que no quise porque tenía que cruzar todo Santiago en micro y por ello me dejaron 7 días de recuperación. Ahí me fui habituando a la nueva vida que Dios me regaló. Comencé a asistir a la casa de Dios para darle las gracias primeramente y cumplir mi promesa. En ese momento comenzó mi viaje, fui a las islas de Puerto Montt predicando el evangelio y luego a Chiloé. Con un pastor y hermanas fuimos a predicarle a jóvenes con SIDA a diferentes cárceles. Así fui predicando la palabra de Dios y el gran milagro que hizo conmigo, iba a donde el tiempo me llevara...

Mi esposo también se acercó a Cristo y nuestra unión de matrimonio se afianzó. Pasamos a ser muy felices. Lamentablemente a los años falleció de un ataque fulminante. Lo busqué en cada lugar donde habíamos estado. Con la ayuda del Señor y mis hijas que me llevaron a las damas de blanco salí adelante. Fue para mí volver a vivir. Hasta el día de hoy voy cada lunes voy a predicar la palabra de Dios a un hospital en la Florida. Me ha ayudado a sanar, llena mi corazón de alegría.

Silvana Silva.

Mi despertar espiritual

Soy una mujer de 69 años, les voy a contar sobre uno de los episodios más importantes de mi vida. Esto sucedió en 1989, un día mi pareja me comunicó que iría a un médico otorrinolaringólogo porque sentía una sensación molesta en la amígdala, esto derivó en un diagnóstico muy duro y sorprendente, padecía un tipo de cáncer muy agresivo (esto me lo ocultó por lo menos durante un mes, no quería comunicármelo).

Como es de suponer esta noticia impactó mucho en mi familia y en la de él, vivimos momentos de gran angustia, miedo e incertidumbre. Mi pareja y yo teníamos dos hijos, una niña de 6 años y un niño de 4, ellos nunca supieron de lo delicado de la situación, solo sabían que el papá iría a médico y que luego estaría bien

Cuando mi pareja supo el diagnóstico se negaba totalmente a someterse al tratamiento, no tenía ninguna esperanza de mejorarse, decía que esto no tenía remedio y que solo había que esperar a morir. Yo intentaba animarlo, decirle que la esperanza es lo último que se pierde, pero él estaba resignado. Después de mucha insistencia finalmente aceptó... creo que lo hizo por amor a su familia, a nuestros hijos y a mi.

Afortunadamente yo estaba trabajando y con la ayuda de las dos familias, amigos y compañeros de trabajo pudimos comenzar a luchar para superar todo este problema. El tratamiento comenzó con quimioterapia en el hospital Barros Luco. Con la primera dosis que le aplicaron se lograron muy buenos resultados, lo que significó que él tuviera las esperanzas de mejorarse y no perder la fe. Tenía un tumor en el cuello que cada día crecía y que con la terapia comenzó a desaparecer poco a poco.

De todas maneras este cáncer fue muy peligroso, no sabíamos si el tratamiento iba a seguir dando resultados positivos. Yo trataba de darle ánimos y fuerza para que siguiera luchando, hice lo que más pude, todo lo que estaba a mi alcance para que él siguiera batallando para salir de este problema tan delicado. Creo que hasta me descuide a mí misma, pero el amor que sentía era muy grande y me dio fuerzas para seguir luchando y enfrentar esta situación con todo lo que significaba.

En una de esas largas noches estando sola con mis hijos en casa, ellos se encontraban durmiendo en casa y yo desesperada, a las 00:00 más o menos sin poder dormir por la preocupación. Comencé a rogar, a pedir a ese algo o alguien superior, a esa fuerza superior que nos guía (porque hasta ese momento yo no creía en nada). En ese momento sucedió algo muy especial, hubo un momento en que sentí como si un golpe eléctrico se apoderaba de mi cuerpo, algo increíble. Fue tan impactante que me quede inmóvil y a la vez

impactada preguntándome de qué se trataba esa sensación. Sentí una tranquilidad increíble. En ese instante me sentí confiada y segura de que todo iba a resultar bien, tenía la confianza absoluta de que mi pareja se iba a mejorar de esta enfermedad.

Mi madre me preguntaba cómo lo hacía para estar tan tranquila viviendo este gran problema. Los resultados de los exámenes fueron cada vez mejores, el tratamiento duró un año, hasta que se le aplicó la última dosis. Días después fuimos al control correspondiente, el médico que lo trataba (un ángel que llegó para cuidarlo), le dio la gran noticia, la enfermedad estaba superada, estaba de alta.

El médico nos dijo “esto fue un milagro”, desde ese acontecimiento que duró un año, yo creo absolutamente que existe algo superior, llámese Dios o una fuerza llamada amor, que es capaz de lograr milagros. Hoy después de 33 años seguimos juntos, ya adultos mayores, con nuestros dos hijos y con un hermoso nieto de 8 años.

Nubia Soto Romero.

A mis grandes amores

Había una vez en un país muy lejano, lleno de amor y esperanza, una abuela que vivió con sus nietos un tiempo importante, quizás no tan largo, pero que echó grandes raíces en su corazón. Esa abuela volvió a ser joven con ellos, le trajo de vuelta un tiempo en que llena de juventud y energía cuidaba de sus hijos, uno de ellos era su papá.

Hoy da gracias a la vida por cada minuto compartido, por cada abrazo antes de dormir, por la paz irradiada y por tantos sentimientos que le llenan el corazón. Mis niños, no hay tiempo ni distancia cuando el amor habita el alma, quiero que sepan que esa abuela hoy da gracias a la vida por tan precioso regalo y que aunque no la vean, cada mañana besa su frente y bendice sus vidas.

Marisol Medina.

Las alegrías en la adversidad

Mi nombre es Pilar, en estas pequeñas líneas voy a contar un poco de mi vida. Me casé a los 18 años, más bien me casaron porque estaba embarazada de mi primer hijo. Mi madre no quiso que yo me quedara soltera con mi hijo porque la gente podía hablar, ya que en esos tiempos era mal mirado que una mujer soltera quedara con un hijo. Me casé con un carabinero y me fui a vivir con la mamá de él. Esto fue para mí un martirio, la señora me hizo la vida imposible, no me quería, siempre me decía que yo me casé por interés con su hijo.

Al año de matrimonio nació mi segundo hijo. Para ella ese era su nieto porque se parecía mucho a su papá, a mi primer hijo nunca lo quiso porque se parecía mucho a mí, siempre lo reprochaba, era una vida en un infierno, sin poder hacer nada, día a día tenía que soportar en el más absoluto silencio, porque no estaba en mi casa. No tenía ni voz ni voto.

Tiempo más tarde logré convencer a mi marido de arrendar terrenos a vivir solos. Pasó el tiempo, todo iba bien, quedé nuevamente embarazada de una niña, mi marido estaba feliz, pero esta felicidad duró muy poco, ya que él tomó la decisión de suicidarse, esto mientras yo tenía nueve meses de embarazo. Al tiempo nació mi hija viva, pero duró solo nueve minutos y falleció.

Fue un periodo muy difícil de mi vida, con mucho dolor y pena. Viuda, con la gran pérdida de mi hija y con dos hijos que cuidar... por ellos debía seguir adelante.

Al tiempo me salió casa en Linderos. Estuve muy poco habitando, decidí arrendarla y me fui a vivir donde mi mamá. Conocí a mi segundo marido, tuvimos una hija y nos fuimos a vivir juntos. Después de años conviviendo decidimos casarnos. Duramos seis años casados, pero él se fue con otra mujer.

Al tiempo después mi hijo me dio una noticia, que iba a ser abuela. Mi primer nieto fue una felicidad inmensa, fue lo más lindo que llegó a mi vida. Lo crié, actualmente tiene 22 años y vive conmigo. Años después llegó mi segunda nieta. Ella llenó mi vida, me sacó de tantas depresiones, ella es todo para mí, es mi mayor alegría. Dios me mandó unos nietos maravillosos, los amo tanto... solo espero que la vida me de muchos años para disfrutarlos. Ellos son mi motor para seguir viviendo.

Pilar Espinoza

El poder de las nietas

Hoy quiero contarles un poquito de mi historia. En el año 1982 me casé llena de ilusiones, muy enamorada e ingenua. Mi esposo no se portó muy bien conmigo, sufrí mucho a su lado, tanto física como psicológicamente. Así pasaron los años, logré que todo estuviera más o menos bien, siempre callando y aguantando todo lo que pasaba.

Nació mi hija Gaby, fue una gran alegría en mi vida, la criamos con mucho amor y logramos darle estudios. Fue un orgullo para mí saber que todo su esfuerzo y el nuestro tuvo sus frutos. Durante ese periodo a mi marido le dio un infarto al corazón a causa del cigarro. Él era un ferviente fumador y con muchos cuidados logró salir adelante pero aún así siguió fumando. Yo lo amaba mucho, pese a todo lo seguía amando. Me daba mucho miedo que algo le pasara y quedar sola con mi hija. Años después le dio un segundo infarto, esta vez no pudo superarlo y falleció, este episodio de mi vida fue muy duro, creo que es cierto eso que dicen, que el amor es ciego.

Por su parte mi hija hizo su vida, no se casó pero quedó embarazada. Nació mi nieta, la cual llenó mi vida. Siento que volví a vivir por ella. Mi hija se dedicó a trabajar y por mi parte yo llené

mis días con el cuidado de mi hermosa nieta. Ella suplantó la falta de mi esposo, llenó mi vida de alegría y felicidad, no puedo explicar con palabras el gran amor que siento por ella. Día a día me sorprende con sus travesuras, hoy ya tiene 10 años y va en 4to básico. Además de yapa, sin pensarlo llegó otra nieta. Ahora soy doblemente feliz con mi querida Josefa e Isabella. Le agradezco a Dios cada día por estos hermosos regalos que llegaron a mi vida.

Graciela Ordoñez.



Ilustración: Elías, 4 años

Mi historia en palabras

Voy a contarles un pequeño relato de cómo ha sido mi vida desde mi niñez hasta mi presente. En mi familia somos doce hermanos, de los cuales yo soy la número diez. Al tener tan solo cinco años y unos cuantos meses llegó a la vida mi sobrino llamado Luis Osbaldo Astudillos Villagra, el cual debí cuidar. Debía levantarme a media noche, alumbrada gracias a una vela, a calentar la leche para lograr que se durmiera.

Nosotros en aquel entonces vivíamos en El Tránsito. A Osbaldo lo crié hasta sus nueve años pero falleció a los sesenta años aproximadamente por cáncer a la piel. Al cumplir los siete años me tocó cuidar a mi segundo sobrino llamado Juan Eduardo Astudillos Villagra, pero murió a los nueve meses por tos convulsiva. Cuando él murió lo vestí con su bonito traje y me recosté con su cuerpo al lado durante dos horas aproximadamente, hasta que luego tuve que abandonar el dormitorio para que pudieran velarlo como se debía. Lastimosamente no tengo más recuerdos porque en ese entonces no sacaban fotografías por lo cual no tengo ninguna foto, video u objeto el cuál me ayude a recordarlo.

Me dio mucha pena perderlos porque yo más que una tía, era como una madre para ellos. Desde pequeña me hice cargo de ellos y los amé con todo mi ser. Me esforcé mucho para poder cuidarlos y protegerlos. Me perdí de cosas importantes que debería de haber pasado en mi niñez. Pero eso no me importó porque me gustaba cuidarlos y estar con ellos. Con Juan fue más complicado ya que no había para poder llevarlo al médico por falta de locomoción, con remedios caseros, etc...De todas maneras igual estuve feliz porque se fue con Dios. Cabe destacar que en ese entonces yo no sabía que era la muerte. Ahora me tocó ir a dejar a Luis al cementerio por su enfermedad. Él dejó a una linda familia, a sus dos hijas, a su hijo y a su esposa.

Ahora sí, me toca hablar de mí. La vida siempre ha sido muy dura conmigo, desde pequeña tuve que hacerme cargo de mi misma y hacer cosas que no eran debidas a mi edad. Yo solía ir a la escuela de 14:00 pm hasta las 17:00 pm, pero durante la mañana yo me levantaba a las 06:00 am a buscar la leche de las vacas para luego ir a dejarlo al potrero. Al regresar debía ir a buscar el suero para los chanchos, más tarde traer dos raciones de porotos y cuatro de galletas. Luego iba a clases, para después en la tarde ir a sacar pasto que me serviría al otro día para sacar la leche de la vaca, debía llevarlo al potrero y en la tarde ir a buscar a los terneros. Eso era durante todos los días. Un día me tocó nuevamente ir a buscar los terneros al potrero pero, habían muchos, así que me traje el más parecido, con una marca de corazón en la frente, con una pata blanca y las demás negras. Al llegar a mi casa me di cuenta que ese no era nuestro ternero, entonces decidí marcarlo con las iniciales de nuestro apellido V.S. (Villagra Salgado).

Al pasar los años pude ir a la escuela nocturna. Cursé el quinto, sexto, séptimo y octavo, que en aquel entonces eran como primer, segundo y tercer nivel. Yo siempre he sido muy buena en matemáticas, por eso siempre ha sido mi materia favorita. También a fin de año siempre hacíamos una fiesta grande con muchos bailes, comida, bebidas etc. Después de eso me fui a Santiago a trabajar de nana y con el tiempo conocí a un muchacho y después de un tiempo empezamos a tener una relación. Al pasar el tiempo nació mi hija, le dije en ese entonces a mi novio, que a mi hija la cuidaría yo sola, ya que yo no me he querido casar nunca.

La quise criar sola por el miedo de que le ocurriera lo mismo que a mí de pequeña, ya que cuando yo era pequeña sufrí mucho al ver como mi padre trataba mal a mi mamá y la hacía sufrir. Salí adelante sola por mí y por mi hija, la cual he amado siempre. Le di la educación que siempre quise tener yo, le enseñé desde pequeña modales y a ser una mujer de valores. Pero en ese entonces yo aún vivía con mi mamá y dos de mis hermanos, entonces para la educación de mi hija y el alimento para mi familia, yo trabajaba durante el verano en un packing de fruta, y en el invierno en el campo, con mucha lluvia y frío pero gracias a Dios nunca les faltó comida en sus platos. Ahora mi hija se casó y es feliz con su marido y sus tres hijos.

Yo estuve trabajando durante unos años más de nana hasta que me enfermé del ojo y no pude seguir trabajando más. Me sentía muy mal ya que siempre he trabajado y no me gusta quedarme quieta. Entonces me sentí inútil por no poder hacer las cosas como lo hacía antiguamente. Pero ahora estoy en el Centro Día para adultos mayores y para mí ha sido muy lindo porque he aprendido muchas cosas que jamás pensé aprender. Todo gracias a ellos. También todo el personal ha sido muy amable y respetuoso conmigo y siempre me tratan con mucho cariño.

Yo me llamo Ema Rosa Villagra Salgado, nací el 29 de junio de 1945 y esta es mi historia.

Ema Rosa Villagra.



Ilustración: Carlos, 12 años

Una vida en palabras

Palabras del autor.

Soy un profesor ya retirado. Mi vida comienza en un pueblito de la zona central llamado Pinto, que también es una comuna de la zona central de Chile, en la actual provincia de Piquillin Región del Maule. Todavía conservo dentro de mí, aquel emocionado chiquillo sureño, que admiraba su plaza, sus calles todas polvorientas, sus árboles robustos de la plaza, que cuando pasaba un camión quedaba la polvareda y nos interrumpía nuestros juegos en la calle.

Sigo conservando las esperanzas de amaneceres diferentes, escuchando el rugir del río en los inviernos lluviosos. Extraño escuchar por las madrugadas el trinar de las avecillas y el canto del gallo madrugador. Lo que si no extraño, era el frío desgarrador de esas tremendas heladas que amanecían por las mañanas de invierno, que ponían las manos rojas por tanto frío.

Aunque reconozco que pasaron los días, los meses y años, pero aún no se olvidarán mis sueños. A través del tiempo, me miro al espejo del pasado y admiro el inicio de mi época infantil, espacios muy amplios a todo terreno para jugar y explorar la naturaleza. Mis recuerdos escarban en los tiempos aquellos, tiempos felices, mañanas y tardes llenas de alegrías, jugando con mis amigos René, Guillermo, Sergio, Leoncio, etc... Cómo no recordar con mis amigos caminando descalzo en las tardes, por las acequias con agua de regadío que pasaban por la calle de mi casa.

En mi niñez vivíamos a la entrada de Pinto. Allí había un galpón grande con enormes adobes de barro y paja, donde guardaban todas las maquinarias agrícolas. Mi padre, a la entrada de ese galpón, hizo con sus manos mágicas dos dormitorios, una cocina, un comedor y un baño en el patio. En mi casa se ven las primeras luces del alba entrar por el ventanal, por las tardes nos sentábamos a la orilla de la vereda y sobre una gran piedra escuchábamos las historias que mi padre contaba. Nuestros rostros de niños se llenaban de alegría al escuchar las historias sobre la línea del tren que salía de Chillán y llegaba a Recinto. Eran muy hermosas.

Fue una infancia llena de recuerdos y sentimientos hermosos que están grabados en mi memoria. También como niño sentí una gran tristeza al escuchar la historia verídica de la micro que cayó al río y murieron 24 personas. Entre esas personas estaba el padre Miguel Araya. Sentí que la tristeza de esa mañana invadía todo mi ser y de todo un pueblo en duelo. También uno tiene que superar la tristeza y buscar la felicidad, eso se puede hacer escuchando algunos temas musicales de esa hermosa época o de mi niñez. Observar el color de un tronco, de una hoja seca, de un bichito cualquiera con la fragancia de los aromos que de agosto a septiembre empiezan a florecer, dándole un gran inicio a la primavera. Ir a estudiar a la escuela primaria todos los días y colocarse en los zapatos las pantuflas de lana que nuestras madres hacían, además jugar en los pasillos para sacarle brillo al piso. El piso brillaba, era de un color rojizo.

Por último, todavía sigue vivo y existirá en mí, un hermoso y bello pasado que jamás podrá borrarse de mi memoria; todo aquello vivido que hicieron de mí una gran persona, con valores y virtudes que me hacen el hombre que soy ahora.

José Figueroa.

La historia de mi vida

No exagero al decir que voy a hacer algo que nunca pasó por mi mente... espero que me resulte. Nací un 14 de octubre de 1944 en Linderos. Mi infancia no fue mala, pero tampoco fue la mejor. Tenía 5 años cuando murió mi padre, dejando 4 hijos, y yo era la menor y la única niña. Antes de morir, mi papá me entregó a una hermana de él. No quiso que mi mamá saliera a trabajar conmigo, por eso no tengo el recuerdo de disfrutar de mi mamá ni de mis 3 hermanos.

A los 6 años ya fui al colegio, de primero a 6° preparatoria, y para mí la etapa más linda de mi niñez. Soñaba con seguir estudiando y ser profesora de castellano, siempre me gustó mucho leer y escribir, pero fue un sueño que no se cumplió.

Pasaron 5 años y seguía viviendo con mi tía Susana, ella ya viuda. Mi mamá vivía en Santiago, me venía a ver, a mis hermanos los veía muy poco. Llegó el momento del pololeo, con un compañero del colegio, nos conocíamos desde niños. Tuvimos una linda relación, niños, amigos, pololos y marido y mujer. Mi marido tenía 21 años y yo 17. Nos cambió la vida en todo sentido, quedamos viviendo con mi suegra durante 5 años y con ella aprendí a ser dueña de casa, lavar, planchar y cocinar. Cuando nacieron mis 2 hijas ella me

ayudó en todo. Fue como mi mamá. Tuvimos una muy buena relación, no solo con ella, también con toda la familia. En general mi matrimonio fue con altos y bajos, como todos.

Pasó el tiempo y las niñas crecieron, mi marido trabajando y yo en la casa. A él no le gustaba que yo trabajara, para que no dejara a las niñas solas. La mayor, Mariela, salió de cuarto medio y al año se casó. Ya ahí quedamos tres en la casa. La menor, Oriana, siguió estudiando. Mi marido en ese tiempo ya tenía diabetes, él nunca se cuidó. Fueron cuatro años y su enfermedad siguió avanzando, tanto que llegó a la diálisis. En esa misma etapa falleció mi madre, estuvo un tiempo mal de salud, hasta que un 4 de abril de 1994 se fue con 85 años. En esa fecha éramos abuelos, nació mi nieta mayor Natalia, lindo regalo. Dos años después nació Miguel. Estábamos muy felices.

Mi marido disfrutó de los nietos mayores, estaba tan contento cuando llegaban, pero su enfermedad ya lo tenía muy acabado y Dios se lo llevó a descansar. No sé cómo llamar esos días y esas noches después de quedar solas mi hija Oriana y yo. La casa no era lo mismo, los días se me hacían tan largos, no tenía a quién cuidar, darle remedios, no lo asumía, hasta que se presentó una oportunidad de trabajar y de a poco fui saliendo... más la compañía de los nietos y el apoyo de las hijas.

Después de unos años se casó mi hija menor. Se quedó viviendo conmigo pero tres años más tarde fue mamá y se cambió de casa.

Quedé viviendo sola. Pero Dios me quiere mucho y estoy rodeada de buenos vecinos y muy preocupados de mí. De regalo conocí en el trabajo a una persona que me acompaña como pareja.

En estos momentos podría decir que estoy conforme y contenta por lo que estoy viviendo. Tengo 77 años y soy autónoma, gracias a Dios soy sociable, muy activa, muy alegre, soy feliz cuando estoy con las abuelas del club, me gusta compartir y ayudar a los demás. Cuando más disfruto es cuando voy a la Casa del Adulto Mayor. Y qué más le pido a Dios, con mi linda familia, dos hijas, dos yernos, cinco nietos y tres bisnietos.

Jovina Mella.